

## Doble torpeza

Carlos LARRÍNAGA  
Historiador

El pasado 19 de enero los cazas turcos empezaron a bombardear el cantón de Afrín, en el Kurdistán sirio, contando con el soporte del rebelde ESL. El objetivo, atacar al Estado Islámico (ausente allí) y, en particular, a las kurdas Unidades de Protección Popular (YPG) que operan en la zona. Pues, según Ankara, dichas milicias mantienen estrechas relaciones con el Partido de los Trabajadores del Kurdistán, el PKK, considerado como una organización terrorista. Es decir, que, en el fondo, no fue un embate dirigido hacia el EI. Con esta operación, denominada “rama de olivo”, el Ejército turco trata de minar las bases de quienes han mantenido un compromiso inequívoco en su batalla contra los yihadistas, lo cual no deja de resultar contradictorio. Ciertamente, Erdogan venía esgrimiendo esta posibilidad desde hacía unos días, mas la ofensiva resulta cuando menos insensata. He aquí, por consiguiente, esta primera torpeza cometida por el ejecutivo turco. Y ello es así por varias razones. Primero, porque supone una violación del territorio sirio sin una declaración de guerra previa. Segundo, porque ha sido una acción unilateral que no cuenta con el apoyo de nadie. Ni la ONU ni la OTAN ni las potencias mundiales o regionales han avalado una ofensiva innecesaria. Ésta va en contra no sólo de los Estados Unidos, que han apoyado a las YPG y han pedido moderación a Ankara, sino también de Irán y Rusia, sostenedores de Bashar al-Asad. Siendo miembro de la OTAN, Turquía es aliada de Washington, aunque distanciada de sus posiciones. Empero, en un momento dulce con Moscú, este acto podría enrarecer dichas relaciones, si bien de momento el Kremlin ha consentido. Y tercero, porque el pretexto del “problema kurdo” no le da derecho a Turquía a llevar a cabo este tipo de agresiones. Especialmente, no estando su seguridad nacional en peligro. Y menos aún visto lo sucedido con el referéndum de independencia celebrado el pasado año en el Kurdistán iraquí, que no ha tenido ningún efecto tangible. Sin duda, la cuestión radica en que Ankara necesita demostrar su fuerza respecto de los kurdos en aras del mantenimiento de las fronteras actuales. Algo que está garantizado de antemano, ya que la comunidad internacional ha proclamado por activa y por pasiva que no está dispuesta a mover los lindes del Próximo Oriente. Lo que no quiere decir que no haya que buscar fórmulas de compensación para los kurdos de Siria por el papel desempeñado contra el Daésh.

La segunda torpeza habría sido protagonizada por EEUU. Hace unos días desvelaron su plan de constituir una fuerza fronteriza contra un posible retorno del EI de unos 30.000 hombres, constituida principalmente por kurdos. Una medida muy dudosa, puesto que el Kurdistán sirio está limpio de yihadistas y nadie espera su regreso. Consecuentemente, aparte de inútil, el anuncio suscitó el rechazo de Turquía, Rusia e Irán. Es posible que la Administración norteamericana únicamente tratase de seguir mostrando su amparo a los kurdos, sus principales aliados en la zona, pero no considero que ésta fuera la mejor forma. De hecho, el secretario de Estado, Rex Tillerson, no ha sido capaz de explicar exactamente sus planes hasta ahora y está pecando de ingenuidad en este conflicto, además de mantener una posición secundaria en política exterior frente a su jefe, Donald Trump, quien, pese a su incompetencia e ignorancia en la materia, lleva la voz cantante. Por descontado, era lógico pensar que un programa de tales características iba a suscitar los recelos de Moscú y Teherán, que no parece importar demasiado a Washington, y la repulsa de Ankara, en un momento en que los vínculos entre ambos países están bastante deteriorados por distintos motivos, a saber: el apoyo estadounidense a los kurdos en la crisis sirio-iraquí; la no extradición de Fethullah Gülen, responsable del golpe de Estado de 2016 según Erdogan; la declaración de la Casa Blanca Jerusalén como capital de Israel y la aproximación de Turquía a Rusia e Irán en la guerra de Siria. De manera que las discrepancias han aumentado en los últimos años. Ankara desconfía de cualquier favor prestado a los kurdos y teme que los tres cantones del Kurdistán sirio puedan acceder a un estatus de autonomía en el escenario post-bélico en que ya se ha empezado a trabajar. Una concesión de tales características implicaría, en opinión de las autoridades turcas, un elemento desestabilizador de su unidad territorial.

En verdad, nada apunta a tal posibilidad y Turquía debería plantearse muy seriamente abordar el affaire kurdo con realismo. La ruptura de las negociaciones con los representantes del PKK ha supuesto un coste económico y en vidas tremendo. Una vez que el Estado Islámico está prácticamente finiquitado en la región, es preciso que Ankara vuelva a la mesa de negociaciones con los kurdos para tratar de buscar una salida a un asunto que lleva latente desde hace décadas y que tanto daño le está haciendo. Lejos de medidas de fuerza, EEUU debería buscar medios pacíficos con los estados afectados para tratar de buscar soluciones consensuadas. Lógicamente, el temor de los kurdos es volver a verse abandonados a su suerte tras restablecerse el orden en ese área y por eso la necesidad de buscar alternativas a las embestidas bélicas, las cuales solamente contribuyen a empeorar aún más una situación de suyo nada fácil. Ya es hora de que callen las armas y de encontrar opciones satisfactorias para todas las partes. Por tal razón, torpezas como las que estamos viendo los últimos días no ayudan en absoluto a normalizar el panorama.

23 de enero de 2018

Publicado en *El Diario Vasco*, 29 de enero de 2018, p. 15